

¿ARDE LA TIERRA?

Anteayer entró en vigor el Protocolo de Kioto, en virtud del cual los ciento cuarenta y un países firmantes, entre los que figuran todos los Estados Miembros de la Unión Europea, se comprometen a situar su nivel de emisiones de gases de efecto invernadero por debajo de un cierto límite en el período 2008-2012. Por supuesto, el mayor esfuerzo corresponde a las naciones más desarrolladas que son las que mayores emisiones presentan. Así, frente a una media de diez toneladas por habitante en Europa, China contribuye con dos toneladas y la India con una. Los Estados Unidos realizan el mayor aporte equivalente de dióxido de carbono a la atmósfera del mundo, con veinte toneladas per cápita y hasta ahora se han negado a ratificar el Protocolo. Su plan nacional de reducción, basado en la disminución de la cantidad emitida por unidad de PIB, se traducirá en un incremento en términos reales del orden del quince por ciento respecto a 1990 hacia mitad de siglo, cifra sin duda inquietante.

La situación no puede ser más sombría y las predicciones se amontonan augurando grandes desastres si no se lleva a cabo una acción drástica de alcance internacional. Elevaciones de la superficie de los océanos, con la desaparición de estuarios, deltas, costas e incluso islas enteras, sequías, alteraciones graves en la distribución de la fauna y la flora, inviernos mucho más fríos, veranos mucho más cálidos, cosechas mermadas, son, entre otros, dependiendo de la latitud geográfica, los efectos catastróficos del calentamiento global que se avecinan mientras la temperatura media del planeta sigue subiendo inexorablemente. La traducción en pérdidas económicas, en movimientos migratorios incontrolables, en víctimas mortales por hambre o por condiciones meteorológicas extremas, es realmente sobrecogedora. Aunque existe una corriente de pensamiento escéptica respecto a tales anuncios apocalípticos, la verdad es que la evidencia empírica y los cálculos realizados mediante modelos cada vez más sofisticados y precisos apuntan de manera crecientemente fiable hacia escenarios considerablemente preocupantes a medio y largo plazo.

El problema radica en que el ritmo de este fenómeno de origen antropogénico es extraordinariamente rápido en comparación con los cambios climáticos acaecidos en el pasado remoto que se extendían a lo largo de miles de años, pero muy lento a escala del tiempo humano en la

que un siglo es una eternidad. Por tanto, nuestro horizonte vital, dominado por urgencias cotidianas, no nos permite advertir el peligro y no estamos dispuestos a aceptar los sacrificios y a pagar los costes derivados de las medidas necesarias para frenar las emisiones. En el fondo, confiamos en el poder de la tecnología y creemos que sabremos adaptarnos a las nuevas condiciones. La tierra arde bajo nuestros pies, pero nuestra inconsciencia cósmica nos impide apagar el fuego que la consume.

Aleix Vidal-Quadras